

sa por la conformidad de nuestras voluntades, unidas por el vínculo de la caridad, como El y su Padre son una misma cosa por la consustancialidad, ó unidad de sustancia: "Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te." (Sn. Juan, cap. XVII, v. 21): pide que estemos un día en donde El está: que seámos partícipes de su gloria, y que véamos y gocemos de la hermosura de la eterna bienaventuranza: "Pater quos dedisti mihi volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum: ut videant claritatem meam, quam dedisti mihi." (v. 24) ¡Ah! ¡solo un amor infinito, como el que abraza el Sagrado Corazón de Jesús, puede desear tan buenas cosas para unos hombres, que no tenemos en recompensa sino frialdad y tibieza, miseria y malicia!

Como acabais de ver, venerables hermanos é hijos muy amados, Jesucristo Nuestro Señor hizo milagros, predicó, oró para conquistar el corazón de los hombres, y encenderlos en su amor. Todo esto era suficiente, y más que suficiente, superabundante para salvar el mundo y mil mundos que hubiera; pero no bastaba para dejar satisfecho el amor de Jesucristo á los hombres: porque nos amó infinitamente, y para satisfacer su amor, se entregó á los oprobios, á los tormentos y á la muerte, no solamente por el género humano en comun, sino por cada uno de nosotros en particular, de tal suerte que cada uno de nosotros puede decir lo que de sí decía San Pablo: "Me amó el Hijo de Dios, y se entregó por mí: Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me." (Ep. á los Gálatas, cap. II, v. 20).

Pero no solo esto. El Hijo de Dios, conociendo la miseria humana, vió que todos sus sacrificios quedarían perdidos para el hombre, si este llegaba á olvidar los excesos del amor divino. Excogita un medio para obviar tan grande mal, y en su Corazón amantísimo, inagotable en recursos para nuestro bien, encuentra el de quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, para dejarnos allí su Corazón, como un memorial perenne de su sacratísima pasión, y un testimonio irrefragable de su ardientísima caridad. No bastó, para demostrarnos esta, que Nuestro Señor Jesucristo muriese realmente una vez, y derramase realmente toda su preciosísima sangre en el ara de la Cruz; sino que quiso morir místicamente en nuestros altares, todos los días, en todas las horas del día, y en toda la redondez de la tierra, ordenando á los apóstoles, y á todos sus sucesores y sacerdotes hasta la consumación de los siglos, que repitiesen el mismo Sacrificio: "Hoc facite in meam commemorationem." (Sn. Lucas, capítulo XXII, v. 19, I ad Corinth. cap. XI, v. 24).

Este es el Sacrificio que figuraban los sacrificios de la ley antigua: "Omnia in figura contingebant illis." (Ep. I ad Corinth. cap. X, v. 11): este es el sacrificio que Dios Nuestro Señor anun-

ció por el Profeta Malaquías, cuando dijo: que desde el oriente hasta el ocaso su nombre sería grande en las naciones, y que en todo lugar se ofrecería y sacrificaría á su nombre una oblación purísima y santísima: "Ab ortu solis usque ad occasum magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda." (Malaquías, cap. I, v. 11). Esta oblación pura, esta oblación santa es el Sagrado Corazón de Jesús, centro y asiento del amor del Salvador del mundo, amor que le obligó á entregarse á la muerte por nosotros, y á quedarse en nuestros templos para hacernos compañía hasta el fin de los siglos, con el fin de conquistar el corazón de los hombres, y obligarlos á que le amásemos: "Charitas Christi urget nos." [Ep. II ad Corinth. cap. V, v. 14].

¡Sacrificio santísimo! ¡Víctima de inestimable valor! ¡Oblación preciosísima, que sola puede contrapesar las maldades del mundo, y á la que el mundo debe su conservación! Porque, en efecto: ¡ay del mundo el día que el Sagrado Corazón de Jesús dejara de inmolarse en la Sagrada Eucaristía! Aquel día las iniquidades de los hombres harían descender el platillo de la justicia divina, el furor de Dios rebosaría, y el género humano sería destruido: porque el mundo hoy no es mejor que los habitantes de la tierra en tiempo de Noé, cuando Dios Nuestro Señor, como dice el sagrado libro del Génesis, se arrepintió de haber hecho al hombre, y resolvió destruirlos por las aguas del diluvio: ni es menos perverso que los habitantes de aquellas ciudades nefandas, que fueron consumidas por el fuego del cielo, porque el clamor de sus maldades llegó hasta los oídos de Dios (Génesis, cap. XVIII). No: hoy el mundo sobrepuja en malicia al antiguo, como las empresas gigantescas de hoy sobrepujan á las pequenísimas de aquellos tiempos: la niñez se educa sin temor de Dios, que se destierra de las escuelas atéas: la juventud pervierte su corazón, bebiendo en los libros y folletos impíos el veneno del materialismo, del racionalismo. La edad madura traduce en hechos las doctrinas perversas en que se empapara, y se precipita en todos los placeres prohibidos por la ley de Dios, abrazando los medios más repugnantes para satisfacer las pasiones; y hasta la vejez pasa los días en un estado asombroso de indiferencia, como si no le faltaran pocos pasos para salvar la barrera que divide el tiempo de la eternidad. De aquí, como consecuencias funestas, sí, y disolventes, pero muy lógicas, la inmoralidad y la impiedad que, como torrentes sin diques, inundan la tierra, y van sembrando por todas partes la desolación en el seno de las familias, y en las sociedades, todos los desórdenes, todos los escándalos.

¿Y quién mantiene la vida del mundo á pesar de tantos crímenes, que provocan la justicia divina, y claman venganza? El Sa-

grado Corazón de Jesús, ésta víctima santa que se inmola todos los días sobre nuestros altares: ésta oblación de suavísimo olor, que todos los días sube de la tierra al cielo, y llega hasta el trono del Eterno, y hace que lluevan sobre la humanidad delincuente las misericordias del Señor, por las que no perecemos: "Misericordiae Domini quia non sumus consumpti" (Thren. III, v. 22). Mas no es esto todo. El Sagrado Corazón de Jesús quiere que nosotros cooperemos con El para aplacar la justicia divina. A este fin, y porque Dios Nuestro Señor en su misericordia quiere que sobreabunde la gracia, cuando abunda el pecado, nuestro Divino Salvador había reservado para el presente siglo, característicamente impío, materialista y racionalista, el desarrollo y rápida propagación de la devoción á su Sacratísimo Corazón, como un último esfuerzo de su amor para encender en la tierra la llama santa de la caridad, y retraer á los hombres del abismo de la perdición: "Ignem veni mittere in terram, ¿et quid volo nisi ut accendatur?"

A este mismo fin, venerables hermanos y muy amados hijos, deseamos ardentemente ver propagada en nuestra Diócesis la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; y no solo esto, sino consagrar de un modo especial á tan amante Corazón todas nuestras ovejas, y erigir en esta ciudad de Hermosillo y en todas nuestras Parroquias la Archicofradía del mismo nombre y el Apostolado de la oración. ¡Son tantas las necesidades, particularmente las espirituales, que nos rodean! La impiedad progresa rápidamente, é invade todas las clases de la sociedad. La indiferencia religiosa va acabando con la poca devoción que aún quedaba en días no remotos. La blasfemia se oye ya sin repugnancia, y aún se lee con gusto en los impresos, que se han tomado la tarea diabólica de hacer la guerra á Dios, negando las verdades de nuestra religión, denigrando la conducta de sus ministros, y fomentando la desmoralización. ¿A quién recurrir en tan tristes circunstancias? Al Sagrado Corazón de Jesús, que para la salud del mundo y para consuelo y alivio de todos se quedó entre nosotros en la Santísima Eucaristía. ¿Sois ricos? Venid á Jesús, y El os enseñará á hacer buen uso de vuestros bienes de fortuna: "Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur: Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia." (Sn. Mateo, cap. V, v. 7): ¿Sois pobres? Venid á Jesús, y El os dirá que, si lleváis en paciencia vuestra pobreza, seréis saciados un día con los bienes eternos: "Beati, qui nunc esuritis: quia saturabimini." (Sn. Lucas, cap. VI, v. 21). ¿Os sentís agobiados con el peso de vuestras maldades y miserias? Venid á Jesús: El os invita con suavísimas voces, porque quiere quitaros la enorme carga de vuestros pecados: "Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis et ego reficiam vos." (Sn.

Mateo, cap. XI, v. 28). Vengámonos todos al Corazón de Jesús, y todos hallaremos en El el consuelo en nuestras aflicciones; en nuestras miserias, aliento; fuerza en las tentaciones, y en todas nuestras necesidades, el remedio oportuno.

Bien considerado todo esto, venerables hermanos y muy amados hijos, y lamentando, como amargamente lamentamos, las grandes necesidades espirituales y aún temporales de esta Diócesis, que el Pastor eterno se ha dignado poner sobre nuestros hombros; ciertos como lo estamos, de que no hay poder humano, que sea capaz de salvarnos de los peligros que nos rodean, y de otros mayores que nos esperan; plenamente convencidos de que el Sagrado Corazón de Jesús quiere y puede socorrer nuestras necesidades, así comunes, como particulares: hemos resuelto poner en ejecución el pensamiento que, tiempo há, nos inspirara la consideración del triste estado en que se encuentra nuestra Diócesis, tanto en lo espiritual, como en lo temporal; y nos apresuramos á hacerlo, viendo que se acerca la estación en que, en años no remotos, la justicia divina ha visitado estas tierras con una peste asoladora, que en pocos días ha hecho desaparecer de entre los vivos á muchos de vuestros deudos y amigos.

Nuestro pensamiento es, venerables hermanos y muy amados hijos, consagrar nuestra Diócesis y el Vicariato Apostólico de la Baja-California, y todos y cada uno de nuestros diocesanos con su indigno Pastor, al Sagrado Corazón de Jesús. En consecuencia, desde hoy quedamos todos colocados bajo la tutela especialísima del Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. En el Sagrado Corazón de Jesús se robustecerá nuestra fé, y nos preservaremos de caer en el error; se alimentará nuestra esperanza, y no desearemos ya sino los bienes de la eternidad bienaventurada; se nutrirá nuestra caridad, y no amaremos ya sino á Dios Nuestro Señor sobre todas las cosas, y á nuestro prójimo, sea quien fuere, como á nosotros mismos, en Dios y por Dios. Escondidos en el Sagrado Corazón de Jesús, no temeremos al demonio con todas sus astucias, ni al mundo con todos sus atractivos, ni la carne con sus aguijones. Y cuando llegue el día en que debemos pagar el tributo común á la naturaleza, la muerte no nos asustará; por que Dios Nuestro Señor nos concederá la gracia de morir en el Sagrado Corazón de Jesús. Verdad es que desde el día de nuestra ordenación episcopal, íntimamente persuadidos de nuestra incapacidad para un cargo tan tremendo como es el del Episcopado y previendo las necesidades de la Diócesis á que Dios Nuestro Señor nos destinara, nos hemos puesto, así como á todos vosotros, bajo la tutela poderosísima de la Santísima María, Madre de Dios; mas esto no impide que ahora nos consagrémos al Sagrado Corazón de Jesús. Al contrario: nuestras peticiones,

presentadas á Nuestro Señor Jesucristo por el Corazón inmaculado de la siempre Virgen María, serán, no hay que dudarlo, favorablemente despachadas.

Además, deseamos ardientemente ver establecida en toda nuestra Diócesis la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración. Exhortamos á nuestros párrocos, y les encargamos que cuanto antes procuren á sus feligreses, por este medio, los incalculables beneficios espirituales, que están concedidos á tan tierna institución. Para facilitar la erección canónica de la Archicofradía y del Apostolado de la Oración, hemos mandado imprimir en pliego separado la "Breve instrucción á los Sacerdotes sobre el modo de establecer y practicar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración," tomada del "Mensajero del Corazón de Jesús," que se publica en México; y hemos dispuesto que se remita un ejemplar á cada uno de los Señores Párrocos.

Trabajemos, venerables hermanos, trabajemos sin descanso por la gloria de Dios Nuestro Señor y por la santificación de las almas. Cuanto los perversos se empeñan en perder las almas, tanto y más esforcémonos nosotros en ganarlas para Nuestro Señor Jesucristo, no sea que un día se nos diga: "Los hijos de este siglo más sabios son en su generación que los hijos de la luz: Felix hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt" (San Lucas, cap. XVI, v. 8.) ¿Los hijos del siglo, los que viven según las máximas del siglo, los que se han tomado la tarea satánica de corromper las costumbres, de pervertir á los hombres, serán más diligentes, más activos en su empresa diabólica, que nosotros los hijos de la luz, los ministros de Cristo Nuestro Señor, para ganar las almas para el cielo? No lo permita Dios. No permita el Señor que, contentándonos con decir la Misa, rezar el oficio y anunciar alguna vez la palabra divina, nos entreguemos al descanso ó al sueño: porque entre tanto el hombre enemigo siembra la zizaña en nuestro campo para impedir que el buen grano fructifique. Trabajémos mientras Dios Nuestro Señor nos dá fuerzas y vida. No nos arredre el trabajo, ni las dificultades nos asusten, ni el cansancio sea causa de desaliento: tiempo vendrá, y acaso no muy remoto, en que recogeremos el fruto de nuestras fatigas. Como el pobre labrador arroja con pena sobre la tierra el poco grano que tiene reservado, y despues se consuela al ver una abundante cosecha: así nosotros, sembraremos con trabajo la semilla evangélica, á pesar de las contradicciones del mundo; pero día vendrá en que, llenos de gozo, recogeremos las gavillas, fruto de nuestro trabajo: "Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua; venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos." (Ps. CXXV, v. 6).

¿Y qué medio más eficaz para procurar la gloria de Dios Nuestro Señor y la santificación de las almas, que trabajar por el Corazón de Jesús y en el Corazón de Jesús? ¿Qué medio más eficaz para preservar del contagio del siglo las ovejas que nos están confiadas, que ponerlas todas en el Corazón de Jesús? ¿Qué medio más eficaz para encender en el corazón de los hombres el fuego santo de la caridad, que Jesucristo Nuestro Señor vino á traer á la tierra, que colocarlos á todos en esa higuera del amor divino, en el Corazón de Jesús? Ciertamente, venerables hermanos, el día que los cristianos sean invitados por nosotros para inscribirse en la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, y que los cristianos se presenten presurosos á corresponder á nuestra invitación, ese día daremos un paso gigantesco en la regeneración de los individuos, de las familias y de la sociedad.

Pongamos, pues, venerables hermanos, los medios que la bondad divina nos ofrece para la santificación de las almas: sembremos con nuestra palabra, reguemos con exhortaciones continuas, y la misericordia divina dará el fruto. No olvidemos jamás estas dos verdades, que nos sirven de poderoso estímulo para trabajar, y que endulzan las amarguras de nuestro ministerio, y nos hacen tener por leves los más graves trabajos, primera: que Dios Nuestro Señor quiere salvar las almas; pero, de Providencia ordinaria, quiere salvarlas por los Sacerdotes, y segunda: que un solo pecador que se convierta y se salve, siendo nosotros el instrumento de su bien, realzará la gloria que Dios Nuestro Señor nos tiene reservada en el cielo como premio de nuestros trabajos.

Y vosotros, carísimos hijos, vosotros los que, sedientos, correis en pos de las aguas de este mundo, que no pueden saciar vuestra sed: "Omnis, qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum." (San Juan, cap. IV, v. 13); venid á gustar las aguas de la regeneración espiritual, de la santificación, en las fuentes del Salvador, en el Corazón de Jesús: "Haurietis in gaudio aquas de fontibus Salvatoris." (Isaías, cap. XII, v. 3.) Estas aguas saludables que brotan del Corazón de Jesús, la gracia y la santificación, tienen la virtud de apagar para siempre la sed de los bienes terrenos: "Qui autem biberit ex aqua, quam ego debo ei, non sitiet in æternum" (San Juan, ut supra.) Venid al Corazón de Jesús, y vereis que, así como las aguas tienen la virtud natural de saltar hasta la altura de su fuente, así las que brotan de aquel divino manantial nos harán llegar, por virtud sobrenatural, hasta el lugar de nuestro origen, hasta la vida eterna, hasta Dios. "Aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam." (San Juan, cap. IV, v. 14).

Recibid, venerables hermanos y muy amados hijos, con esta carta, la bendición Pastoral, que de lo íntimo de nuestro corazón

os enviamos, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

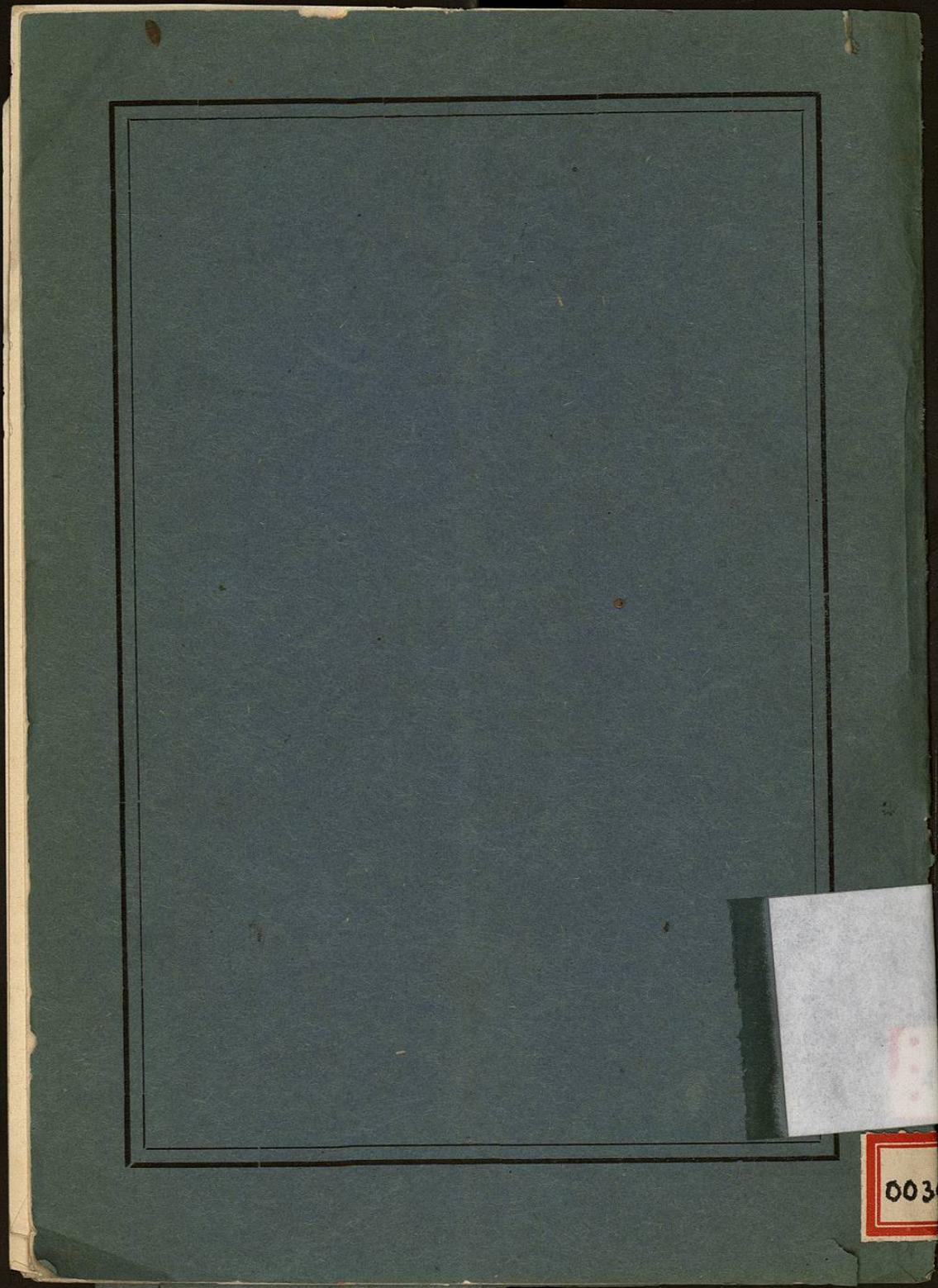
Será leída esta Carta en todas las Iglesias parroquiales, el primer domingo despues de recibida, concluido el Evangelio de la Misa mayor, y despues se fijará en los parajes acostumbrados.

Dado en Hermosillo, á los cuatro dias del mes de Mayo de mil ochocientos ochenta y ocho.

† *Merculano, Obispo de Sonora*
y Administrador Apostólico de la Baja California.

P. M. D. S. S. Illma. y Rma.
Dño. *Angel M. Barceló.*
SECRETARIO INTERINO.





003